

## LIBRO CUARTO

### GALLÍPOLI Y VARNA

- SUMARIO: I.—De cómo en Francia sólo progresivamente se acostumbra la opinión á la idea de una guerra; de cómo los preparativos militares de la expedición se resentían de estas incertidumbres.—Fuerzas francesas; fuerzas inglesas; primera composición del ejército de Oriente.—Se escoge la ciudad de Gallípoli como base de operaciones: primeras decepciones: numerosas preocupaciones de los jefes; retrasos é incoherencias de los transportes.
- II.—Operaciones militares de los rusos: pasan el Danubio y ponen sitio á Silistria.—Ómer-bajá y el ejército turco.—Plan [un tanto arriesgado del mariscal Saint-Arnaud. Cómo y por efecto de cuáles influencias se abandona este plan. Otras combinaciones: los aliados se dirigen á Varna.—Se levanta el sitio de Silistria: retirada de los rusos y verdadero motivo de la misma.—Los aliados: su situación extraña desde el punto de vista diplomático y militar. ¿Qué hacer? Las miradas se vuelven hacia Crimea.
- III.—Primera idea de la expedición de Crimea: las instrucciones del emperador; el mariscal Saint-Arnaud.—Cómo se afirma en Inglaterra la idea de la expedición: el duque de Newcastle, lord Palmerston, el príncipe Alberto: instrucciones á lord Raglán: de qué modo se asocia á este proyecto el mariscal Saint-Arnaud.
- IV.—Las contrariedades de Varna.—El cólera: de qué modo es importado; la epidemia en el Pireo, en Gallípoli y en Varna.—Fatal idea de la expedición de la Dobrucha: motivos alegados; salida de las tropas: aspecto de la Dobrucha: aparición del cólera: sus espantosos estragos: retirada lamentable y cifra enorme de las pérdidas.—Cólera en la escuadra.—Incendio de Varna.
- V.—De cómo, en vista de tantas desgracias, ciertos jefes militares se muestran menos favorables á una expedición á Crimea: tristeza y desconfianza.—De qué modo el mariscal Saint-Arnaud hace triunfar su voluntad.—Últimos preparativos.—Composición del cuerpo expedicionario: embarque: espíritu que anima á los jefes y á los soldados.—Operaciones en el mar Báltico: toma de Bomarsund: cómo se concentra la lucha en Crimea.

#### I

Hacia un año que la guerra constituía una amenaza, y desde el acontecimiento de Sinope casi podía darse por cierta. Parecía que una tan larga espera había de haber permitido prever con toda comodidad hasta los menores detalles de la expedición, y podía conjeturarse que á la declaración de la ruptura de hostilidades seguiría inmediatamente la entrada en campaña. Y sin embargo no fué así; si la diplomacia había empleado un lenguaje concreto, firme y hábilmente proporcionado á la creciente magnitud del conflicto, en cambio la acción militar fué, en un principio, vacilante é indecisa. Creyóse en los primeros momentos que bastaría defender Constantinopla por medio de una escuadra y de algunas tropas de desembarco; después se pensó en formar un cuerpo expedicionario de algunos miles de hombres; y más adelante, cuando las ilusiones se desvanecieron, se reunieron dos divisiones. El gobierno se preparaba para una demostración imponente más que para una gran expedición: «Al parecer, se vacila entre una diversión y una guerra,» escribía en aquel tiempo un observador atento de la política imperial (1). Habiéndose elevado el contingente del reemplazo de 1853 desde 80.000 á 140.000 hombres, el *Monitor* se apresuró á tranquilizar al público: «Todo induce á creer, decía el órgano oficial, que la mayor parte de este efectivo permanecerá en sus casas (2).» El emperador se resignaba á la lucha, pero con la idea de circunscribirla, de limitar los perjuicios de la misma, de crear un estado de

(1) León Faucher, *Correspondance*. Carta del 14 de abril de 1854, pág. 363.

(2) *Monitor* del 6 de abril de 1854.

cosas que no se diferenciase mucho del estado de paz. De estas preocupaciones, en sí mismas respetables, resultó cierta flojedad en las disposiciones militares, y cuando la guerra estalló, á pesar de que todo el mundo la esperaba, todo el mundo quedó sorprendido. Sobre todo, nadie adivinó los sacrificios que un próximo porvenir imponería, lo cual constituyó una imprevisión doblemente sensible, porque de todas las guerras, las más largas, las más sangrientas, las más caras son las que en un principio fueron insuficientemente preparadas; además, si se hubiese previsto la trágica magnitud de los combates futuros, ¿no habría esta perspectiva reavivado las últimas negociaciones, apenas terminadas, y no habrían los gabinetes de San Petersburgo, de París y de Londres, por una inspiración suprema de bondad y de buen sentido, desautorizado la palabra fatal que acababa de pronunciarse?

Sólo después de muchas vacilaciones decidió el gobierno francés, y aun creyendo hacer mucho, crear un cuerpo de ejército compuesto de tres divisiones: la primera fué confiada al general Canrobert, la segunda al general Bosquet y la tercera al príncipe Napoleón. Además se organizó en Provenza otra división llamada de reserva cuyo mando se dió al general Forey; y apenas formada, fué agregada al resto del ejército y reemplazada por una quinta división, la división Levaillant, que también, al cabo de dos meses, se disponía á embarcarse. La caballería formó al principio una sola brigada que luego se convirtió en una división; el mando de los ingenieros y de la artillería confióse primeramente á dos simples coroneles y después á los generales Bizot y Thiry. De manera que el cuerpo expedicionario se constituía, no de una sola vez, sino por aumentos sucesivos

y en virtud de órdenes á menudo contradictorias. Un decreto imperial de 11 de marzo había nombrado general en jefe al mariscal Saint-Arnaud, conocido por sus expediciones africanas y más aún por la dudosa aventura del golpe de Estado; era un general eminente y activo, pero debilitado por una larga enfermedad y que sólo merced á una energía ficticia sostenía sus fuerzas agotadas. El mariscal escogió como jefe de Estado mayor al general Martimprey, que se dirigió á Marsella antes que él, y como primer edecán al coronel Trochu, que tardó algún tiempo en reunirse. Saint-Arnaud salió de París el 15 de abril, dejando al mariscal Vaillant la cartera de Guerra.

En tanto que los franceses se organizaban de este modo, el jefe de las fuerzas británicas pasaba por París y comunicaba al emperador las opiniones más recientes del gabinete inglés: este jefe era lord Raglán, anciano muy respetado por sus conciudadanos, de una lealtad á toda prueba, herido gloriosamente en las campañas del primer Imperio, que había aprendido el arte de la guerra en la escuela de Wellington, pero que la había aprendido hacía tanto tiempo, que tal vez la tenía un poco olvidada. Desde París, lord Raglán se fué á Marsella y desde allí se dirigió á Malta, adonde llegó á fines de abril y en donde estaban ya reunidos la mayor parte de sus regimientos. En aquellos primeros momentos de la empresa, las fuerzas inglesas ascendían á unos 25.000 hombres; el efectivo de los franceses no pasaba de 30.000, pero aumentaba sin cesar mediante nuevas formaciones. Tal fué en su origen la composición del ejército aliado, al que muy pronto se dió el nombre de Ejército de Oriente.

¿Cuál sería la base de operaciones adoptada para la guerra futura? En el extremo septentrional del estrecho de los Dardanelos y casi á la entrada del mar de Mármara álzase junto á la orilla la ciudad de Gallípoli. Tenía ésta una buena playa de desembarco y por estar situada entre dos mares era de fácil aprovisionamiento; además era también fácilmente defendible por estar situada en una península, pudiendo llegar á ser inabordable sólo con ejecutar algunas obras en la garganta del istmo; finalmente hallábase bastante cerca de Constantinopla para que desde ella pudiera amenazarse á cualquier enemigo que se propusiera atacar á la capital del Imperio otomano. Por todas estas razones fué escogida Gallípoli como punto de reunión, como plaza de armas en donde se concentrarían los depósitos, las ambulancias, el material, las provisiones. El día 31 de marzo llegaron á Gallípoli los generales Canrobert, Bosquet y Martimprey con una parte del Estado mayor y algunos batallones, é inmediatamente pusieron manos á la obra y prepararon la instalación de las tropas que los vapores fletados por cuenta de la marina iban á dejar en las costas de Turquía.

La primera impresión fué desagradable: las ciudades de Levante agradan y parecen pintorescas con tal que no se entre en ellas; por esto cuando nuestros oficiales, que durante la travesía habían rebuscado en su memoria los recuerdos semidesvanecidos de la antigüedad clásica, penetraron en las angostas y sucias calles de Gallípoli, sufrieron un desencanto que se refleja en todas sus correspondencias. «Gallípoli es una de las más bellas ciudades de Turquía,» había anunciado pompo-

samente el *Monitor* (1); pero la realidad no correspondía en modo alguno á estas insinuantes seguridades: «Es tan triste y tan horrible esta tierra como Argelia en 1835,» escribía el general Martimprey (2). Los montones de inmundicias expuestos en la vía pública, el fuerte viento que soplaban en el estrecho, las miserables casas de madera, tan mal resguardadas del frío como del sol y que constituían una presa fácil para el incendio, todo aumentó la decepción.

Los turcos, encontrándose más humillados que satisfechos, contemplaban con mirada entre indolente y feroz á sus protectores occidentales, y desconcertados



Lord Raglán

por nuestra actividad, más bien estorbaban que secundaban nuestros esfuerzos; no se negaban á prestar servicios, pero los eludían gustosos, y esta actitud malévola hacía subir de punto el malhumor de los recién desembarcados.

Los jefes tenían más graves preocupaciones y habían de luchar, no sólo contra la inercia de los turcos, sino también contra la hostilidad de los griegos, hostilidad que llegó á un extremo tal, que para contener las intrigas rusas del rey Otón fué preciso que una brigada ocupara, al cabo de poco tiempo, el Pireo. Además el retraso con que llegaban las tropas constituía una preocupación constante. Todo contribuía á aumentar estos retardos: el ferrocarril del Mediterráneo no estaba aún terminado entre Lyon y Valence, lo cual obligaba á hacer trasbordos en los que se perdía un tiempo precioso (3); en Marsella mismo no estaban construídos todavía los nuevos muelles, y en el puerto viejo, adonde afluían hombres y materiales, reinaba una actividad más febril que bien organizada. A causa de la carestía, casi general entonces en Europa, los cargamentos de

(1) *Monitor* del 30 de marzo de 1854.

(2) *Correspondance inédite*.

(3) *Historique du service de l'artillerie*, pág.



cereales absorbían en parte los recursos de la marina mercante, y el Estado, aun sometiéndose á condiciones onerosas, apenas podía asegurar el transporte de los hombres y de las provisiones de guerra (1). Los vapores empleaban de ocho á diez días en la travesía de Marsella á Gallípoli, y los buques de vela veinticinco ó treinta. El mariscal Saint-Arnaud, que había salido de Francia el 29 de abril y desembarcado en 7 de mayo, había escrito, antes de partir, al ministro de la Guerra quejándose de lo que ocurría, apremiándole para las expediciones y tratando de comunicar á todos los corazones el ardor que le devoraba; pero, á pesar de sus súplicas, el material llegaba tardíamente ó incompleto, lo cual no era menos desagradable. Algunos barcos desembarcaban tiendas de campaña cuyos montantes venían en otro buque que aún se hallaba en el mar; tal vapor llevaba á bordo los hombres de una batería cuyos caballos y municiones habían sido embarcados en buques de vela que los vientos contrarios inmovilizaban en el Archipiélago (2). «Hubo en Marsella, escribió Camilo Rousset, una *confluencia de cosas desordenadas* (3).» Este desorden dejó sentir naturalmente sus efectos en Gallípoli, y, al principio sobre todo, fué tal la confusión, que algunos generales manifestaron con amargura su desaliento ó su irritación.

Mas, á pesar de todos estos errores y de esta organización incompleta, el ejército no dejaba de ofrecer un aspecto imponente. En 20 de mayo había concentrados en Gallípoli más de 30.000 franceses, y las tropas inglesas, unos 20 ó 25.000 hombres, estaban repartidas entre Gallípoli y Scutari, ese arrabal asiático de Constantinopla. Poco á poco atenuábase la mala impresión de los primeros días: muchos de nuestros regimientos habían sido sacados de Africa, y los zuavos ó los tiradores argelinos, acostumbrados á la vida de campaña, habían comunicado á los soldados de los otros cuerpos su previsión industriosa y su alegre actividad. El estado sanitario era favorable, y salvo algunas bronquitis y algunos casos de viruela, los hospitales estaban casi vacíos (4). Acercábase el momento (así se creía por lo menos) de utilizar esas fuerzas reunidas con tanto trabajo y á costa de tantos esfuerzos. Hasta entonces, el único acto de hostilidad había sido el bombardeo del puerto de Odessa por las escuadras de Francia y de Inglaterra; pero era menester dar otros golpes más decisivos, más dignos de las dos grandes naciones de Occidente, y por esto la atención de los generales en jefe se fijó en las orillas del Danubio, en donde los turcos, no vencidos, pero inferiores en fuerzas á su enemigo, esperaban la ayuda de sus poderosos aliados.

## II

Los rusos, después del invierno, que les obligaba á permanecer inactivos, habían pasado á fines de marzo el Danubio por tres sitios, por Brailow, por Galatz y por

(1) *Commission d'enquête sur les transports maritimes de la guerre d'Orient*, pág. 20

(2) Fay, *Souvenirs de la guerre de Crimée*, pág. 14.—*Correspondance du marechal Saint-Arnaud*, passim. *Correspondances inédites*, etc.

(3) Camilo Rousset, *Guerre de Crimée*, tomo I, pág. 89.

(4) Partes del Dr. Serive, jefe del servicio médico del ejército de Oriente, de 5 y 9 de mayo.

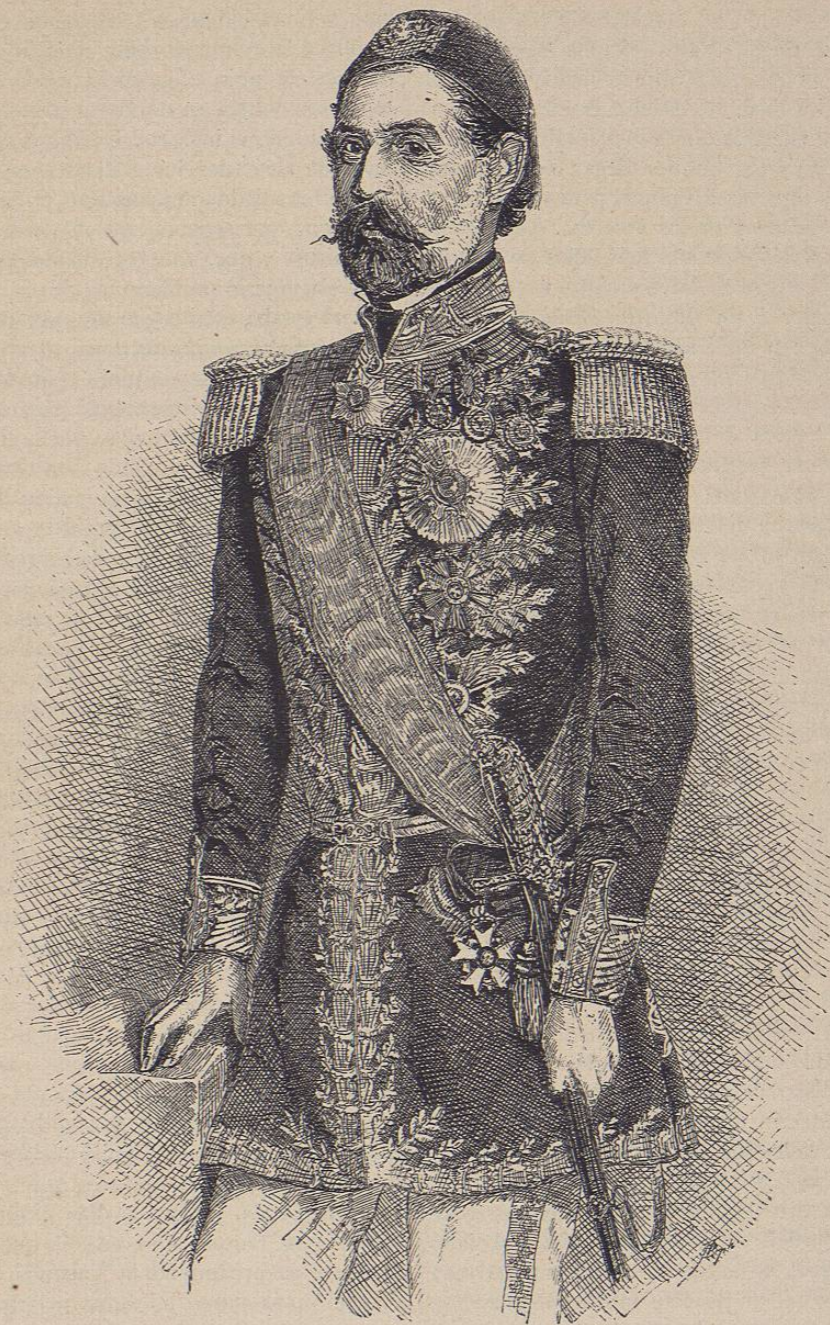
Tultcha, y penetrado en la Dobrucha. Debióse creer entonces indudablemente que no se inmovilizarían allí, sino que entrarían en Bulgaria, y forzando los pasos de los Balkanes, intentarían un golpe de mano contra Andrinópolis y quizás contra la misma capital. Durante algunos días había reinado gran inquietud entre los turcos, no menos que en Gallípoli, en donde desembarcaban nuestros primeros regimientos; pero á primeros de mayo se supo que los rusos, moderando su marcha, habían comenzado el bloqueo de Silistria. Al recibir esta noticia, tranquilizáronse franceses é ingleses, pues si bien nadie ponía en duda que aquella plaza al fin y al cabo se rendiría, confiábase en que las débiles murallas de la misma detendrían al enemigo el tiempo suficiente para permitir que los ejércitos de Occidente se reunieran y se organizaran; de este modo no se pasaría por el disgusto, por el remordimiento, casi por el ridículo de haberse dejado tomar la delantera, de haber llegado demasiado tarde para proteger á Constantinopla.

En el entretanto, Omer-bajá, comandante en jefe de las tropas turcas, había instalado su cuartel general en Schumla, pequeña ciudad situada á veinte leguas al Oeste de Varna. ¿Cuáles eran los recursos, el efectivo, el valor del ejército otomano? Todo el mundo lo ignoraba y todo el mundo tenía interés en saberlo. El mismo Omer, croata de origen, que después de increíbles aventuras había sido puesto al servicio de la Puerta, era objeto de muy diversas apreciaciones, pues mientras unos le atribuían una perspicacia rayana en genio, otros le consideraban con soberano desdén. El general Bosquet, que poco después de su llegada á Gallípoli partió para Schumla con la única misión de observarlo todo y de referir sus impresiones, estimó que las tropas turcas eran sólidas, aunque mal aprovisionadas y equipadas: no tenían organizado ningún servicio de ambulancia, y esta falta lamentable causó gran extrañeza. Había reunidos en Schumla 45.000 hombres, sin contar otros cuerpos de menor importancia distribuidos entre las plazas de Widdin, Kalafat y Varna. «Omer, escribía el general Bosquet en 22 de abril, está muy por encima de todos los que le rodean; piensa y trabaja mucho, ve muy claro, en mi concepto, y puede ayudar en gran manera á Turquía á rehabilitarse.» Pocos días después, uno de los edecanes del mariscal Saint-Arnaud visitó á su vez los campamentos turcos; y finalmente, después de una corta estancia en Gallípoli y en Constantinopla, llegó á Varna el mariscal en persona, acompañado de lord Raglán. Omer-bajá fué allí para recibirles, y en la entrevista que celebraron los tres generales en jefe no se limitaron á un cambio de impresiones, sino que de sus conferencias nació, como veremos, todo un plan de campaña, si bien un tanto aventurado y prematuro, que lo mismo habría podido conducir á un grave fracaso que á un brillante triunfo.

Omer-bajá, por discutido que fuese, tenía en favor suyo el prestigio de su última campaña y estaba orgulloso (y no sin cierta razón) de no haber sido vencido por los rusos y aun de haber obtenido algunas victorias de escasa importancia. Describía con calor la situación de su ejército, los inconvenientes de la inacción y las ventajas de una pronta ofensiva, y decía con cierta complacencia que tenía cerca de 100.000 hombres instalados en Schumla y en las demás plazas de su mando,

añadiendo que si los aliados acudían sin tardanza en su auxilio, los rusos, no sólo levantarían el sitio de Silistria, sino que además serían rechazados hasta sus fronteras. Esta proposición atrevida fué benévolamente escuchada: el mariscal Saint-Arnaud, generalmente muy dueño

que suponía, y esta circunstancia le afirmó aún más en su propósito. De regreso en Varna adoptó el plan de Omer, es más, se lo apropió y se lo hizo aceptar á lord Raglán. El 23 entraba en Constantinopla, en donde animaba al sultán y á sus ministros para que se em-



Omer-bajá

de sí mismo, sentía á veces accesos de ardor juvenil á los que su espíritu no podía resistir; y seducido entonces por la perspectiva de un triunfo rápido y brillante, olvidóse de que su ejército estaba incompleto, de que su material de guerra no había sido del todo desembarcado, de que sus provisiones eran insuficientes y de que aún habían de transcurrir muchas semanas antes de que sus fuerzas estuvieran en disposición de entrar en campaña. El día 20 de mayo estuvo en Schumla, y habiendo revistado las tropas turcas, juzgólas mejor de lo

prendiera una acción inmediata y desde donde anunció al emperador su resolución de tomar inmediatamente la ofensiva en las orillas del Danubio, mientras por el mismo correo ordenaba á su jefe de estado mayor, el general Martimprey, que embarcara sin pérdida de tiempo dos divisiones para Varna.

En Gallípoli, en donde laboriosamente se terminaba la formación del ejército, causó gran sorpresa la noticia de la brusca determinación del general; mayor impresión que en nadie produjo en el general Martimprey,



testigo atento y á menudo contristado de las dificultades que sin cesar surgían, el cual aquel mismo día escribió á su jefe una carta respetuosa, pero enérgica, permitiéndose recordarle lo que éste parecía haber olvidado: «Señor mariscal, le decía, he cooperado á la formación del ejército de Oriente y he presenciado los retardos que á ninguna voluntad ni á poder alguno es dado abreviar... Aún no tenéis la artillería; los ingenieros no cuentan con la tercera parte de sus medios de transporte; el tren es insuficiente, hasta para conducir vuestras ambulancias; vuestros almacenes están todavía vacíos y vivís al día; y los buques llegan con enormes retrasos y han de regresar á Francia para traer el complemento de las fuerzas y de los víveres... Formar una nueva base de operaciones aún más lejos de Francia, al alcance de las empresas del enemigo, y en un país arruinado, es correr á un desastre. Vamos á pasear nuestras banderas por las llanuras del Danubio y nos veremos obligados á hacerlo sin caballería, teniendo enfrente una caballería numerosa, con una artillería incompleta y con fuerzas de todo punto insuficientes... *Vamos á hacer lo que más pueden desear los rusos (1).*»

El mariscal estaba todavía en Constantinopla cuando recibió, en la noche del 25, esa carta escrita con tan laudable sinceridad y que contenía pronósticos acaso demasiado sombríos; el 26 hallábase de regreso en Gallípoli y le bastó una corta inspección de sus almacenes y de sus arsenales para comprender cuán temerario sería entrar inmediatamente en campaña. Disipóse el ardor bélico que durante unos días le había dominado, y después de una conferencia con los generales Canrobert y Martimprey y con el coronel Trochu, recién llegado de Francia, fué abandonado el plan de Schumla. El mariscal Saint-Arnaud ya no tuvo más que una preocupación, á saber, desligarse del compromiso contraído con los ingleses; y luego, en una carta al emperador le manifestó que había desistido de su propósito, y para justificar estos cambios de opinión reprodujo, acentuándolos, todos los argumentos que poco antes le había presentado su jefe de estado mayor.

La organización era todavía demasiado imperfecta para que pudieran emprenderse grandes operaciones militares á larga distancia, pero estaba bastante adelantada para que el ejército no se inmovilizara en Gallípoli; por otra parte, todos los días arribaban buques procedentes de Francia ó de Argelia, que conducían artillería, municiones, caballos, efectos de equipo que, aunque llegaban sin orden ni concierto, al fin y al cabo llegaban. El mariscal, volviendo á encariñarse con una combinación en la que su pensamiento tornadizo ya se había fijado antes, pensó en hacer avanzar su ejército hasta el pie de las vertientes meridionales de los Balcanes y distribuir sus tres divisiones entre Karnabad, Aídos y Burgas; pero esta combinación no fué del agrado de los ingleses ni tampoco aceptada en París, y en el entretanto el mismo Saint-Arnaud se disgustó de ella. Descartado este proyecto, tomóse la resolución de marchar sobre Varna, no para emprender operaciones inmediatas, como en el plan de Schumla, sino para aproximarse al teatro de la guerra. Esta decisión no tardó

(1) Carta sacada de los documentos inéditos del general de Martimprey.

en ser puesta en práctica: la primera división partió por mar; la tercera se dirigió por tierra á Constantinopla, en donde se embarcó; la segunda, ó sea la división de caballería, los ingenieros y la artillería, tomaron el camino de Andrinópolis. La cuarta división, llamada de reserva, que había dejado una de sus brigadas en el Pireo, permaneció provisionalmente en Gallípoli; y en cuanto á la quinta, acababa de salir de Marsella. Antes de fines de junio, el cuartel general francés estaba instalado en Varna, en donde se habían concentrado también las fuerzas inglesas. Dejábase á los turcos el cuidado de defender los Balcanes, en tanto que desde Varna los aliados amenazarían el flanco izquierdo del enemigo, que seguramente no tardaría en apoderarse de Silistria y que, una vez dueños de esta plaza, invadiría el Imperio otomano.

Pero estaba escrito que los ejércitos aliados no medirían sus armas con los rusos en el territorio de Turquía; en efecto, el 25 de junio el mariscal Saint-Arnaud, á su regreso de Constantinopla, supo la más sorprendente de las noticias: durante la noche del 22 al 23 los rusos habían levantado el sitio de Silistria, quedando, por consiguiente, libertada esta ciudad. El suceso pareció tan extraordinario, que al pronto no se quiso darle crédito, suponiendo que aquella retirada ocultaba algún ardid ó que los rusos volverían á ocupar sus posiciones delante de la plaza. El día 3 de julio practicóse un reconocimiento hasta Hirsova, y se supo de una manera indudable que el ejército enemigo, no sólo había levantado el sitio y repasado el Danubio, sino que además se replegaba sobre el Pruth y evacuaba los Principados. Con estas noticias la sorpresa subió de punto: por muy valientemente que se hubiesen portado los defensores de Silistria, ¿era posible que el esfuerzo de un ejército tan poderoso se hubiera estrellado contra aquella miserable y pequeña plaza? Los más discretos explicaron la conducta del comandante en jefe ruso, el mariscal Paskevitch, por medio de consideraciones políticas; y la verdad es que no se equivocaban. El gobierno austriaco se había asociado á las reclamaciones de las cortes occidentales, pero había retrocedido ante la gran responsabilidad de la guerra; y desde que el cañón de Silistria había retumbado tan cerca de su frontera, mostrábase inquieto, descontento, turbado. Por medio de una nota de 2 de junio había insistido cerca del gobierno de San Petersburgo para que fuesen evacuados los Principados, y algunos días después, el 14, había firmado con Turquía un convenio que le autorizaba para ocupar eventualmente la Valaquia. De este papel á un papel más activo no había más que un paso; era, pues, preciso apaciguar á este nuevo adversario: repasar el Danubio, retirarse detrás del Pruth y obligar á los aliados á llevar las hostilidades á otra parte, equivalía á suprimir todo el interés que pudiera tener el Austria en aquella lucha, á evitar que con el peso decisivo de sus fuerzas hiciera inclinar la balanza del lado de los enemigos de Rusia; este había sido el secreto de las resoluciones del zar.

Entonces se produjo una situación extraña, así en el orden político como en el militar. ¿Qué pedía desde hacía un año la diplomacia más que la evacuación de los Principados? Pues bien: el gobierno moscovita, cuando menos se esperaba, realizaba el sacrificio hasta enton-

ces reclamado en vano: los últimos batallones rusos desaparecían á través de la Moldavia y se disponían á pasar el Pruth y á ocupar de nuevo sus acantonamientos de Besarabia. Lógicamente pensando, la paz debía estar próxima, y sin embargo, nadie creyó en ella; á lo sumo circularon durante algunos días por el campamento inglés rumores de un armisticio. Todo el mundo comprendía que los poderosos ejércitos de Occidente no habían ido á tan lejanas tierras para reembarcarse sin dar algún golpe; pero este golpe, ¿dónde había de darse? En este punto no era menor la preplejidad, y la marcha de los acontecimientos desconcertaba las previsiones de los generales lo mismo que los cálculos de los diplomáticos. «Paskevitch me roba escapándose,» había exclamado Saint-Arnaud al saber que había sido levantado el sitio de Silistria; y esta exclamación ponía bien de manifiesto las ansiedades del comandante en jefe. Quedarse en Varna era imposible; para esto, más les hubiera valido á los ingleses no haber salido de Malta y á los franceses de Marsella; llevar la guerra á la Turquía Asiática y al Cáucaso era una empresa que á nada conducía, porque en aquellas regiones apartadas aun el triunfo habría sido poco remunerador; perseguir á los rusos en su retirada no parecía tampoco prudente, porque con ello se les acercaría á sus reservas, á sus depósitos, á sus almacenes, al paso que los aliados se alejarían del mar, que era su verdadera base de operaciones. En el entretanto el ejército aumentaba diariamente, gracias á nuevos desembarques de tropas: acababa de llegar la quinta división; ninguna enfermedad había disminuído aún los efectivos, y Varna, poco antes desolada por tantas calamidades, ofrecía el más animado aspecto. Alrededor de la ciudad, las tropas inglesas, acampadas en la orilla septentrional del pequeño lago de Dewna, y las francesas, escalonadas en las alturas de Franka, sentíanse poseídas de ardor y de confianza: «El ejército es magnífico, escribía en 4 de julio Saint-Arnaud; sólo nos faltan los rusos, que se van (1).» Esperar á los rusos, obtener una victoria decisiva y conquistar la paz, tal era el supremo deseo del mariscal, quien se aferraba á él con la impaciencia de un enfermo capaz todavía de un esfuerzo intenso á condición de que este esfuerzo sea corto y vaya seguido de un largo descanso. Pero ¿dónde combatir? ¿Dónde encontrar al enemigo? Entonces fué cuando las miradas, apartándose de las orillas del Danubio, se fijaron en Crimea.

### III

Desde el mes de enero de 1854, el general Baraguey-d'Hilliers, embajador de Francia en Constantinopla, había recibido el encargo de practicar una información acerca de los medios de penetrar en Crimea y de las fuerzas defensivas de Sebastopol. Tres meses después, cuando el mariscal Saint-Arnaud había partido para Oriente, el emperador habíale designado la Crimea como uno de los objetivos posibles de la guerra; pero la idea del soberano parecía falta de fijeza, desde el momento en que el comandante en jefe podía, á su antojo y según las circunstancias, esperar á los rusos en el paso de los Balcanes ó desembarcar, bien en Odesa,

(1) *Correspondance*, tomo II, pág. 444.

bien en cualquier otro punto del litoral, ó, en fin, dirigiéndose á Sebastopol (2). Con tan vagas instrucciones, el mariscal, siguiendo el ejemplo de su soberano, había dejado volar su pensamiento entre varios planes, y su imaginación le había transportado varias veces á aquella península famosa, en donde nuestros ejércitos habían de cubrirse de gloria y de sufrir tantas contrariedades. «¡La Crimea!, escribía desde Marsella á su hermano en 27 de abril. Me hablas de la Crimea, esa joya con la cual sueño y que espero que la prudencia no me impedirá arrebatarse á los rusos (3).» «Cuando la escuadra se haya marchado, decía el 3 de junio desde Gallípoli, iré, si puedo, á echar una ojeada furtiva sobre Sebastopol; se me antoja que hay algo que hacer por allá (4).» Pero este proyecto grandioso le asusta tanto como le atrae; así, en otra carta fechada también en 3 de junio, encontramos las siguientes líneas: «La Crimea era mi idea favorita, pero he visto los embarques y los desembarques y entiendo que para llevar á cabo allí una expedición se necesitan largos preparativos, toda una campaña, cien mil hombres acaso y todos los recursos de las escuadras francesa é inglesa reunidas (5).» Los despachos que de París recibía no eran muy á propósito para acabar con las indecisiones del comandante en jefe: «Suponiendo que se levante el sitio de Silistria, escribía en 1.º de julio el mariscal Vaillant, no bajéis al Danubio, pues queremos que el ejército esté siempre dispuesto á embarcarse (6).» ¿Qué significaba este lenguaje enigmático?

Falto de dirección superior, Saint-Arnaud acariciaba la idea de una expedición á Crimea, la rechazaba y volvía á acariciarla. «Para tal empresa, decía con desaliento, se necesitan grandes recursos, y nosotros no tenemos ninguno;» pero un instante después su imaginación se exaltaba, y en estos momentos de confiado optimismo creía que todo podría terminarse en un mes, en dos á lo sumo, y que sería aquella una acción hermosa y brillante, algo así como una aventura argelina en un escenario mucho más vasto.

En Inglaterra fué donde se desarrolló y afirmó la idea de una expedición á Crimea. En el mes de marzo de 1854, el duque de Newcastle, secretario de Estado de la Guerra, había sometido al Consejo de la reina un plan de campaña concertado con el emperador y cuyo objetivo y coronamiento había de ser la toma de Sebastopol. Este proyecto, de momento abandonado, había sido resucitado á fines de mayo por lord Palmerston, que era entonces el ministro más influyente y el verdadero director de la opinión británica y que para hacerlo prevalecer había puesto á contribución la tenacidad y el entusiasmo que le caracterizan. «Dejemos, decía, que los rusos disfruten tranquilamente de los pantanos de la Dobrucha y pasemos desde Varna al gran arsenal del mar Negro.» El día 15 de junio dirigía á los miembros del gabinete un extenso memorándum que constituía un verdadero programa de operaciones

(2) Véase el *Monitor* de 11 de abril de 1855.

(3) El mariscal Saint-Arnaud, *Correspondance*, tomo II, página 417.

(4) *Correspondance*, tomo II, pág. 431.

(5) *Correspondance*, tomo II, pág. 431.

(6) Despacho de 1.º de julio (Camilo Rousset, *Guerre de Crimée*, tomo I, pág. 131).